

amor libre y fecundo que la virtuosa castidad estéril.

Ame usted, haga el bien, *la vida es breve*, procure ser feliz, sea madre, y si no puede, al menos *sea mujer*.

Cuando María salió del consultorio se sintió reanimada, tenía mucha razón el cirujano, ella era una cobarde, cuando menos, *debía de ser mujer*.

Hay, pensó, entre este sabio y D. Alfonso, una lógica y explicable semejanza de lenguaje y de ideas, pero media entre ambos una inmensa distancia:

Éste es un hombre honrado, de ciencia y de talento.

Aquél era un altruista de genio y corazón.

VII

EL MOTÍN

VII

EL MOTÍN

Dos meses después de su llegada á París, María había recibido una carta en la que se le recomendaba muy especialmente al señor profesor D. Manuel de Minjárez, quien deseaba obtener una plaza de catedrático en la Escuela industrial.

Minjárez presentó á la señora honrosos documentos que acreditaban su aptitud y hablabán muy alto en favor de su honorabilidad.

María le prometió escribir al señor Lara, Director de la escuela, recomendándole que en cuanto hubiese una vacante procurara nombrar á su recomendado.

Minjárez era un hombre como de cuarenta años, de distinguido porte, de agradable presencia y esmerada educación; su fácil palabra y su completo aspecto de hombre honrado hacían que á primera vista simpatizase á cuantos le trataban.

Debido á su carácter insinuante, logró á fuerza de atenciones y finezas conquistarse en poco tiempo la confianza de María y el aprecio de Salvador á quien muchas veces ayudaba en sus trabajos de escritorio.

Desde la fecha en que Minjárez empezó á visitar la casa de la viuda, pudo notarse bien que el aspirante á catedrático de la Escuela industrial, era hombre inteligente, que sabía hacerse útil, y que no perdía oportunidad para hacerse agradable, ofreciendo y prestando con exquisito tacto cuantos pequeños servicios estaban á su alcance.

La señora creyó que Minjárez tan solo trataba de conquistar su aprecio con el fin de obtener que le empleasen en la Escuela, y agradecida por sus constantes atenciones le ofreció sufragar los gastos de su viaje á Méjico en cuanto el Director le avisara que había empleo para él.

Habiéndose extraviado algunas cartas impor-

tantes dirigidas de Méjico á María, Minjárez se encargó oficiosamente de hacer una reclamación en la oficina de correos y después de esto la viuda recibía su correspondencia con entera regularidad; pero creyó notar que sus cartas parecían como si hubiesen sido abiertas para leerlas y vueltas á cerrar muy hábilmente.

Aunque nada había de secreto en su correspondencia, María creyó prudente avisar á Salvador lo que pasaba.

Ni ella ni Salvador desconfiaban de Minjárez y se limitaron á vigilar la conducta del criado encargado de recibir el correo.

Cierto día, al regresar María del Bosque de Boulogne, sorprendió á Minjárez en la puerta de su casa hablando con el cartero de la avenida Klebber.

Una vaga sospecha cruzó por su imaginación, pero pensando en que ningún interés podía tener Minjárez en leer sus cartas, que todas trataban de negocios y creyéndole además un hombre honrado, no dió gran importancia al incidente.

Así las cosas, Minjárez continuaba visitando con más y más frecuencia la casa de María.

A partir de la fecha en que había consultado á

Paulowich, el carácter de María se había modificado de un modo notable.

Estaba menos triste, salía más á menudo, se vestía con más esmero y solía concurrir al teatro y al Bosque de Boulogne.

Verdad que no lograba borrar de su memoria el recuerdo de Rosa, pero ella misma comprendía que con el tiempo llegaría á olvidarle, se sentía mucho más tranquila y resignada.

Pensaba en que si alguna vez volvía á encontrar á Rosa, le ayudaría á salir del abismo en que se hallaba.

Confiaba en que ayudada por Salvador le sería muy fácil protegerle y bien pudiera ser que hasta regenerarle.

La miseria suele obligar al hombre á dar muy malos pasos. ¡Cuántos hombres que en la opulencia son honrados, llegarían á ser terribles criminales si quedaran arruinados!

Rosa era instruído, había sido virtuoso, tenía nobles sentimientos y era casi seguro que cambiando de posición, de circunstancias y encontrando quien le ayudase á levantarse, volvería á ser bueno y honrado.

De ningún modo se casaría con él; pero al menos tendría el gusto de salvarle.

Un día en que Salvador había ido á Londres con el objeto de estudiar algunas máquinas modernas muy recientemente instaladas en los grandes talleres de carrocería de la poderosa firma Wilsson Cook y Compañía, María, que á la sazón estaba hablando con Minjárez, recibió una carta sin firma y de pronto pensó: ¿Será de Rosa?, pero á medida que la fué leyendo empezó á temblar de tal modo y se puso tan pálida, que Minjárez alarmado le preguntó con solicitud si se sentía indispuesta.

He aquí el contenido de la carta:

«Señora:

»Desde hace mucho tiempo que enemigos que usted creyó vencer y había olvidado, venían hábil y ocultamente preparando una obra negra que al fin han realizado.

»Instigando á los fanáticos padres de familia, ofreciéndoles dinero y prometiéndoles educar, también gratuitamente, á sus hijos en una nueva

escuela que se llama «Escuela de Nuestra Señora de la Luz», han conseguido preparar un golpe decisivo que á esta fecha estará dado y habrá determinado la clausura definitiva de la Escuela industrial.

»Además el señor licenciado Juan Enríquez, á quien usted muy bien conoce, ha presentado ante el Juez de lo criminal varias acusaciones, todas graves, contra usted.

»La acusa nada menos que de falsificación de testamento y de constancias que obran en la causa resultan muy fundadas y vehementes sospechas de que el doctor Estévanez, que falleció al lado de usted violentamente y en extraordinarias circunstancias, *ha muerto envenenado*.

»Y, por último, la honorable familia de Aurora, ha sido minuciosamente informada acerca del origen y nacimiento de su prometido, cuya madre se encuentra hoy en la cárcel en compañía de otras prostitutas, acusada de ébria escandalosa y procesada por riña á mano armada y por lesiones.

»El Sr. Ponce ha teleografiado ya á Salvador, manifestándole que por tan serios motivos retira su palabra y quedan rotas por completo sus relaciones con Aurora, que está muy avergonzada.

»Debe usted huir lo más pronto y lo más lejos que le sea posible para escapar, si aun es tiempo, á la acción de la justicia, que ya se ocupa en pedir su extradición. Este es el único recurso que le queda para evitar el escándalo y la ignominia de un proceso y las funestas consecuencias de su crimen.

»No pierda tiempo en inútiles defensas y siga este consejo. — *Un buen amigo.*»

Aterrada María, hizo un supremo esfuerzo para ocultar su turbación y despedir á Minjárez; pero en aquel momento entró un criado trayendo un telegrama.

El telegrama era de Lara, el Director de la Escuela, y decía lo siguiente:

«Hoy á las diez, instigados por sus familias, amotináronse alumnos, gritando: viva la religión, mueran los impíos, muera la viuda; destrozaron libros, talleres, muebles, espantoso desorden, varios heridos, policía intervino, alumnos huyeron, Escuela clausurada: enviaré detalles. — *Lara.*»

—¡Ah!, cuanta infamia, exclamó María llorando amargamente:

Nunca creí que los hombres pudieran ser tan malos...

Como si todo hubiera estado preparado de antemano para hacer más completo y más terrible el golpe, un lacayo anunció despavorido: ¡El Sr. Comisario!

María no pudo ni ponerse de pie, tal era el grado de postración en que se hallaba.

El Comisario entró y saludando cortésmente:

— Vengo, señora, dijo, en cumplimiento de un penoso deber á manifestar á usted..., ¿es usted la señora María Mares, viuda de Estévanez?

— Yo soy.

— Á manifestar á usted, prosiguió el Comisario, que habiendo las autoridades mexicanas solicitado en la debida forma su extradición, se me ha ordenado prevenirle que hasta nueva disposición del Sr. Juez, que vendrá luego, no debe usted abandonar su domicilio, que por lo demás está cuidadosamente vigilado...

— Puede usted estar tranquilo, le interrumpió María, tratando de sobreponerse á la terrible emoción que la embargaba, mas no pudo seguir: lanzó un desgarrador y agudo grito, cayó al suelo ata-

cada por violentas convulsiones y hubo necesidad de sujetarla para que no se destrozase las manos y la cara contra el suelo.

Desconcertado el Comisario, envió á buscar los médicos y él mismo se apresuró á prestar su auxilio á la señora.

Minjárez se acercó al funcionario y le dijo en voz baja:

— Esta señora padece con frecuencia esos ataques, es epiléptica, y me han asegurado que la infeliz, después de los accesos, queda por muchas horas como loca furiosa y tarda varios días para recobrar la razón por completo.

Mentía villanamente el miserable, pero el Comisario, que no tenía motivo alguno para dudar de él, consultó por teléfono á sus superiores y por fin acordó que María fuese conducida al hospital de La Salpêtriere y quedase allí en observación á disposición de la autoridad competente.

La orden del Comisario fué en el acto ejecutada y María, que á duras penas podía ser sujeta por los criados, debido á la violencia de las convulsiones, fué colocada en un coche-ambulancia de la policía y conducida al hospital.

Minjárez tuvo necesidad de dar su nombre y dirección para que el Juez le pudiera llamar á declarar lo que supiera, en caso de juzgarlo necesario.

De la Avenida Klebber, Minjárez fué al telégrafo y avisó á Salvador, que estaba en Londres, lo que acababa de pasar.

Fué después en un coche hasta La Salpêtriere, pero á pesar de todos sus esfuerzos, no consiguió permiso para entrar al hospital ni pudo conseguir informe alguno acerca de la enferma.

Contrariado, se dirigió á su casa.

Vivía en la calle de Clichy en un segundo piso donde tenía un cuarto amueblado.

Tan preocupado entró, que no se dió cuenta de que un hombre que le había seguido desde la Avenida Klebber, y venía en el pescante del coche, había entrado tras él.

Subió á su habitación, abrió un armario, del que sacó una caja de hierro: de la caja sacó un gran paquete de cartas y papeles.

Luego se puso á escribir en cifra dos largos telegramas: uno iba dirigido al Secretario del Arzobispo y el otro al Sr. Lic. Juan Enríquez.

Se disponía á llevar los mensajes al telégrafo, cuando vió frente á sí al mismo hombre que le había seguido desde la Avenida Klebber.

Tras aquel hombre estaban otros dos.

Minjárez comprendió que los tres eran agentes de la policía, y desde luego trató de ocultar los dos mensajes en el cajón de su escritorio; pero los agentes no le dieron tiempo para ello.

Se apoderaron de los dos mensajes y también del paquete de cartas, registraron cuidadosamente la habitación y dieron á Minjárez la orden terminante de acompañarles.

Por la desesperación que acometió á Minjárez, al ver que se llevaban sus papeles, se comprendía que eran sin duda documentos de importancia y que encerraban algún secreto horrible.

En vano protestó, suplicó, lloró y trató de cohechar á los agentes, llegando hasta ofrecerles 10.000 francos á cada uno tan sólo por que le permitiesen ocultar el paquete de cartas.

Los agentes permanecieron inflexibles, y cuando vió Minjárez que era imposible seducirlos, metió mano al bolsillo y trató de sacar un revólver, pero los agentes eran hombres precavidos y antes

de que él pudiera realizar su intento se encontró desarmado.

Fué tal entonces el terror que sintió, que los agentes creyeron que iba á desmayarse, y como sus dientes castañeteaban y sus temblorosas piernas se negaban á sostenerle, se vieron precisados á meterle en un coche para en él conducirlo á la Comisaría.

VIII

LA SALPETRIERE